

Rosabetty Muñoz. *MISIÓN CIRCULAR. ANTOLOGÍA*. Santiago: Lumen, 2020: 328 pp.

Rosabetty Muñoz nació en la isla de Chiloé, en Ancud, en 1960. En 1981, publicó en Valdivia su primer poemario *Canto de una oveja del rebaño*, al que le han seguido una decena de títulos. *Misión Circular*, preparada por Vicente Undurraga, es la tercera antología de su obra –la primera fue *Polvo de huesos* (2012), realizada por Kurt Folch para ediciones Tácitas y la segunda, *Chiloé, ovejas en la memoria* (2016), publicada en Quito en El Ángel Editor–, las que dan cuenta de la magnitud, profundidad y solidez de su poesía, a la vez que de la creciente consolidación de su obra en el panorama de la literatura chilena, siendo este 2020 una de las candidatas que resonaban con fuerza para el Premio Nacional de Literatura.

La primera clave de este libro es su montaje no cronológico, que invita a apreciar el continuo y *ostinato* de cuatro décadas de escritura. *Misión Circular*, el título elegido por la autora, como se nos cuenta en la nota editorial, refiere a dos asuntos, primero, precisamente, a la estructura del libro, que es reflejo de su obra y su poética, es decir, que no busca ni muestra una línea evolutiva o de ruptura, sino más bien una insistencia en formas y temáticas que desde sus más tempranos poemas parecen haber llegado a la madurez, haber dado con su propio alfabeto. En segundo lugar, refiere a la denominada “Misión Circular” que establecieron los jesuitas en el siglo XVIII como estrategia político-religiosa, que consistía en visitas anuales de los sacerdotes, durante los meses de primavera y verano, a las islas del Archipiélago de Chiloé. El concepto de “Misión Circular” concentra entonces, para el libro de Muñoz, una noción de tiempo: dado a la repetición y con ello a lo eterno; de espacio: una geografía que se recorre (principalmente la chilota); y una función: la de la palabra poética, que en Muñoz a la vez que nombra, reúne, evoca y celebra; produce crítica, extrañamiento y dislocación. En una entrevista con Yanko González, la poeta afirma: “percibo mi trabajo como un proyecto circular en cuyo centro está Chiloé y toda su carga en una especie de estallido primigenio, como el poderoso inicio del universo. Desde ahí, la palabra poética se hace cargo de juntar algunos fragmentos y va dando cuenta de esta astillada realidad que funde un antes con el presente y que apuesta por un devenir donde este procedimiento es esencial”.

Misión Circular abre con el poema “A Rimbaud” –escrito en 1978, el más temprano de los publicados aquí por la poeta–, que se establece a modo de prólogo y también, por cierto, de dedicatoria y manifiesto: “Si supieras, Rimbaud / cómo está la vida en estos días / volverías a irte” (9). Evocación del poeta francés que hace resonar,

a su vez, las realizadas por E. Lihn (“Él botó esta basura...”) y G. Rojas (“viniera y nos viera así todos sucios/ estallados en nuestro átomo mísero”): una tradición crítica y alucinada, que se enraíza en su obra primeramente con G. Mistral, por la atención al cuerpo femenino y terrestre, por la vocación pedagógica, y por una mística cristiana, más pagana y desencantada en Muñoz; con la poética de J. Teillier, entendiendo con él al poeta como “guardián del mito”; y con la horadación denotativa y polifónica de las escrituras de la posvanguardia chilena, sus contemporáneos.

La modernidad, “los nuevos adelantos” (9), para seguir con “A Rimbaud”, son valorados con desconfianza en la poesía de Muñoz, ya que lo que realmente se encuentra a cada paso es más bien precariedad y corrupción, decadencia y muerte, oscuros elementos que atravesarán el libro en distintas formulaciones. Si no me equivoco, el único signo propiamente moderno en el libro, cerca de su final, es el de unos hijos chateando en sus celulares, impacientes ante una madre moribunda —esto en la sección “Veteranos” (307)—. Al prólogo sigue un ingreso a sus obras en “reversa” (313), como dice el editor, y entramos con sus últimas publicaciones alcanzadas a antologar: *Ligia y Técnicas para cegar a los peces*, ambas de 2019, hasta *Canto de una oveja del rebaño*. Luego se disponen tres libros completos *Hijos* (1991) y *Ratada* (2005), para cerrar con “Veteranos”, que se encontraba inédito. Este 2020, Muñoz publicó además un nuevo libro, *Santo oficio*, en Ediciones UDP, que no se alcanza a incorporar aquí.

El origen y lugar de escritura chilote de Muñoz puede incitar al lector apresurado a catalogar su obra con alguna chapa regionalista o lárca, cuestión que al poco andar se desmiente con violencia. Si bien están las ovejas, los campos, las lluvias y los mares, su escritura está lejos de la postal descriptiva, exótica o nostálgica (“no esperen una postal amable en este pueblo de mierda” (248) dice en *Ratada*). Cada imagen suya tiene la profundidad o espesor del símbolo o la alegoría, que dice mucho en un modo sintético, siendo la claridad de su escritura, su llaneza, más bien una apariencia que un rasgo definitorio. Muñoz no rebusca el diccionario ni la sintaxis, pero sus poemas, en su mayoría cortos, epigramáticos algunos, de versificación entrecortada, son densos en significaciones, alusiones, elusiones, polifonías y metáforas extrañas: “Erosión del significado” (17), suelta secamente en un verso. Hay luminosidad en sus imágenes, pero muchas veces al límite de estar veladas, las figuras aparecen así de manera ominosa, fantasmáticamente y no sabemos si abrazarlas o expulsarlas por pérfidas. Sea tal vez que la lucha arquetípica del bien y del mal que se da en sus textos, de raigambre profundamente cristiana, nos muestra los destellos de la misma, la luminosidad cegadora de los fuegos apocalípticos, como en *Ratada*: “fuego obligado que cae sobre los cuerpos” que “chisporrotean en alta llamarada” (275), donde “hasta las ratas huyen” (280) y apenas sobrevive un letrero en una ventana miserable que dice “Dios ama esta familia” (280).

Poesía existencial y de un cristianismo pagano, lleno de historias de abuelas, que nos muestran el dolor de la vejez, del cuerpo femenino, de la naturaleza, y la dificultad de

comprender el sentido de todo ello. Las palabras decadencia y descomposición resuenan página a página ante un Dios que observa distante, que manda a matar a sus hijos, que arruina las cosechas y encrespa los mares. El enigmático sacrificio del martirio. Todo esto es también una alegoría histórica y crítica, de aviones en llamas cayendo sobre el pueblo, de máquinas de tortura –“para este nuevo Chile...” (30)–, incestos y niños abortados, como los que aparecen dramáticamente en su libro *En nombre de ninguna*, de 2008, “No es tiempo de amarrar la lengua”, dice ahí, “No es tiempo del zumbido necio/ de la decepción” (88). Las dinámicas humanas en la poesía de Muñoz parecen venir de la antigua estela del Libro de Job o de la Babilonia apocalíptica –“Mi abuela dice que somos víctimas / del fin de los tiempos” (72)– una condena tras otra, mujeres solitarias, prostitutas, castigos –de irse, de quedarse, de estar vivos (27)– y en todo este devenir que arrasa, lo que se resiste y se daña es el cuerpo: “El cuerpo primero [...] mi cuerpo siempre/ porque también era la casa del miedo” (25).

El cuerpo humano, las más de las veces femenino, será, para su poética, también el cuerpo terrestre, el territorio y la naturaleza, cuerpos con los que su poesía empatiza hasta el dolor y a los que atiende críticamente, denunciando la manipulación, violencia y degradación por parte del propio humano, el hombre es un lobo para el hombre: “Maldición eterna a quienes vejaron el paraíso” (49), sentencia en un poema. Esta es otra veta o clave de lectura de su obra: la crítica ecológica. Su escritura acusa y se resiste a la modernización irracional que destruye la armonía de la naturaleza y de los pequeños pueblos (del lar, podemos decir correctamente aquí), así leemos los siguientes versos: “Ahora la ciudad tiene otro orden/ Bajo un cielo sucio/ las micros desechadas por la capital circulan/ tragando turnos de obreros que van a las pesqueras” (41), o “(el mar, en oleadas, vomita/ medusas muertas y envases plásticos)”, ambos dentro del libro llamado con mordaz ironía *Técnicas para cegar a los peces*, de 2019. “A pesar de todo”, dice en el mismo conjunto, “las flores silvestres / mantienen vivos sus colores y / se aferran a las laderas / esparciendo el crudo aroma de su carne” (43). En la poesía de Muñoz son las fuerzas de la materia y la naturaleza las que finalmente perduran en su tiempo circular y eterno sobre el cuerpo humano, sobre la devastación humana, sobre las propias religiones: “Las cruces se han borrado por efecto del viento” (16), “Todo volverá a su curso / como era en un principio / ahora y siempre” (60). En ese encuentro primigenio, en ese deseado “Enlace” originario (65), parece estar la respuesta a este devenir, la salvación, lo religioso o lo sagrado, lo demás es profanación.

En este devenir de fin de mundo, la poesía parece cumplir un rol, y hay que tomarla, como Rimbaud, “por asalto” (9), “porque el hombre no puede ser tan poca cosa” (9), Muñoz, volviendo nosotros a su prólogo. En la función creativa, fundacional y sanadora de la palabra –“funcionando como bisturí que saca la carne muerta para permitir una sanación”, dirá en una entrevista con Labarthe y Rau–, de la poesía ligando, o religando, alma, materia, cuerpo y territorio, se produce, al menos ilusoriamente, ese “Enlace”. Esta puede ser una forma de leer su hermoso conjunto *Hijos* (1991), donde

la poeta nombra y canta a las islas del Archipiélago de Chiloé, donde cada poema es una isla, lleva su nombre y la poeta a su modo las funda: “Serás deslumbrante, colmado de historias” (205), para “Quinchao”. “Crezco a través del territorio” (213), dice en el poema “Añihué”, y en otro “Añihué”, que hace resonar a la Mistral de *Poema de Chile*, “Hermoso se ve trepando dolor arriba. Y quién lo amará tanto, / a él, que aprende a transitar este país” (216). Poemas como islas, como territorios, como hijos adoptivos nómades, “antes de los depredadores” (237).

Sebastián Astorga A.
Pontificia Universidad Católica de Chile